

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

Expectativas con el papa Francisco [Expectations with Pope Francisco]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Uranga, Washington
Publisher	DEI (Departamento Ecuménico de Investigación)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-12 08:12:51
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/209038

Expectativas con el papa Francisco: tres acercamientos

I. El nuevo papa genera expectativas de cambio, pero sus antecedentes son conservadores *

Washington Uranga

1. Los primeros pasos, y sobre todo, los gestos del papa Francisco, siguen suscitando expectativas y muchas preguntas respecto de cuál será su accionar en el futuro, cuál su programa de gobierno en la Iglesia Católica de todo el mundo. Una mirada a los antecedentes del propio Jorge Bergoglio llevaría a pensar que si continúa, como es esperable, con los mismos lineamientos de su acción en Argentina y en Buenos Aires, no habría que esperar cambios significativos en el rumbo de la Iglesia. Lo lógico y esperable a la luz de los antecedentes es que Bergoglio reafirme las grandes orientaciones doctrinales que ha seguido la Iglesia en los últimos tiempos y que fueron ejecutadas por sus antecesores, Juan Pablo II y Benedicto XVI. ¿Por qué entonces su designación despierta expectativas de renovación alentadas incluso por figuras importantes de la llamada Teología de la Liberación?

En primer lugar esto ocurre, seguramente, porque el estilo de Bergoglio como Papa se aparta en mucho de sus anteriores. Le devolvió 'humanidad' al papado rompiendo con el protocolo y mostrando, con mucha inteligencia, gestos de proximidad a la gente y enviando señales

al interior de la Iglesia para indicar que quiere promover cambios, que quiere encontrar la manera de dar respuesta a los desafíos que hoy se le plantean al catolicismo y a la institución.

Una demostración de lo anterior fue el incidente que protagonizó con el cardenal estadounidense Bernard Law, acusado de haber encubierto a unos 250 curas pederastas entre 1984 y 2002, cuando fue arzobispo de la diócesis de Boston, en los EE. UU. Bergoglio y Law, quien renunció a su diócesis después de recibir las acusaciones de encubrimiento, se cruzaron en la Basílica Santa María la Mayor, en Roma, donde el estadounidense es arcipreste emérito. Éste vio al Papa, lo saludó y siguió su camino. De inmediato, relatan testigos, Bergoglio dijo a sus colaboradores: "No quiero [por Law] que frecuente más esta basílica".

Al margen de los gestos públicos, que pueden ser parte de una estrategia para instalar su figura en el inicio del pontificado, actitudes como la relatada podrían indicar que Bergoglio está dispuesto a tomar firmemente las riendas de la institución eclesial poniendo límites a los desaguisados y, si es necesario, sacando del juego a quienes tienen conductas que a su juicio se contradicen con la doctrina y moral que la misma Iglesia predica.

Pero volviendo a la pregunta con la que iniciamos este artículo, dada su tradición conservadora, ¿se pueden esperar cambios significativos de Bergoglio en su condición de pontífice?

2. El suizo Hans Küng, uno de los teólogos más importantes del concilio Vaticano II hace medio siglo, compañero en esa tarea de Joseph Ratzinger y más tarde duro crítico de la acción de éste cuando estuvo al frente de la Congregación de la Doctrina de la Fe y luego como papa, ha dicho que Francisco "asumirá una posición más reformista que la del papa anterior [Benedicto XVI]" y que "no hará una revolución, sino que realizará reformas lentamente".

En declaraciones al diario *O Globo* de Brasil, y para explicar lo anterior, Küng utilizó una comparación y dijo que Bergoglio cumplirá en la Iglesia Católica una tarea semejante a la que desempeñó Mijail Gorbachov en la Unión Soviética de los años ochenta.

Él [por Gorbachov] no hizo una revolución, sino que introdujo reformas que corrigieron los errores que había antes. Lo mismo espero de Bergoglio, aun cuando no haga una revolución, para no dividir la Iglesia, él empezará a introducir reformas.

Otros dentro de la Iglesia sostienen que bastaría que Francisco retomara los lineamientos del concilio Vaticano II y los lleve a la práctica para que muchas cosas en la Iglesia cambien, se modifiquen sustancialmente. Se trata de grandes orientaciones nacidas hace medio siglo, cuya ejecución

* Página 12 (Buenos Aires, Argentina), 17.03.2013.

inició el papa Paulo VI (1963-1978) y que después fueron congeladas o revertidas por Juan Pablo II y Benedicto XVI.

No deja de llamar la atención también las opiniones y la carta de crédito abierta por reconocidos teólogos de la liberación latinoamericanos como los brasileños Leonardo Boff, Frei Betto y Oscar Beozzo. En términos conceptuales y prácticos, Bergoglio se ubica en la acera opuesta de la Teología de la Liberación que ha sido discutida y condenada en más de una ocasión por diferentes estamentos de la Iglesia institucional. Es más. La presencia de Boff en Argentina fue cuestionada en varias ocasiones por la jerarquía de la Iglesia ya en tiempos en los que Bergoglio tenía una voz considerable de mando. Sin embargo, Boff rescata ahora el hecho de que Bergoglio haya elegido el nombre de Francisco para su pontificado porque “Francisco no es un nombre, es un proyecto de Iglesia, pobre, sencilla, evangélica y desprovista de todo poder”. Y agregó que “Francisco fue obediente a la Iglesia y a los papas, pero al mismo tiempo siguió siempre el camino con el Evangelio de la pobreza en la mano”.

El teólogo brasileño dijo igualmente que con los gestos realizados hasta ahora el nuevo papa quiere “presidir en la caridad”, dejando de lado la condición de “monarca absoluto, revestido de poder sagrado” y dándole “centralidad al Pueblo de Dios”. Y destaca el hecho de que Bergoglio

...viene del Gran Sur, donde están los más pobres de la humanidad y donde vive el 60 por ciento de los católicos... [para asegurar que] con su experiencia como pastor, con una nueva visión de las cosas, desde abajo, podrá reformar la curia, descentralizar la administración y dar un nuevo rostro creíble a la Iglesia.

Una pregunta que alguien podría hacerse es si Boff, quien fue sancionado por sus ideas por Juan Pablo II y a iniciativa de Ratzinger, y terminó abandonando el sacerdocio católico, está en realidad expresando un punto de vista respecto de lo que cree que hará Bergoglio, o bien está exponiendo su mirada para, del modo que sea, marcarle un plan de acción al nuevo papa. O quizás todo se reduzca a una expresión de deseo y a extender una carta de crédito a la espera de los hechos. No lo aclara el propio Boff. Y tampoco parece probable que Francisco lo convoque como su asesor... por lo menos en lo inmediato.

No obstante, Boff no es el único que ha puesto a circular opiniones en este sentido. Frei Betto, otro teólogo a quien se ha conocido en el mundo entre otros motivos por su muy estrecha amistad con Fidel Castro, presentó sus reparos respecto de la trayectoria eclesiástica y política de Bergoglio. Sin embargo, dijo que “San Francisco de Asís [de quien el Papa tomó el nombre, según él mismo lo confirmó] es símbolo de la opción por los pobres y la ecología” y eso significa que Bergoglio “tiene conciencia de que hay que reformar la Iglesia”. Agregó que “tengo muchas esperanzas de que este hombre [por Bergoglio] sea coherente con la inspiración de san

Francisco de Asís]. Aunque recogió también otra preocupación presente en algunos círculos políticos y eclesiásticos:

América Latina es ahora, con sus gobiernos progresistas, un problema para el sistema y para la Casa Blanca. Espero que esta elección no sea una nueva estrategia del neoliberalismo para América del Sur, para combatir los procesos de Chávez, Cristina, Correa, Evo, Lula y otros.

En declaraciones hechas a la televisión brasileña, José Oscar Beozzo, sacerdote católico, teólogo de la liberación e historiador, se expresó en términos similares a los anteriores. Subrayó la importancia que se le da al hecho de que Bergoglio haya elegido el nombre de Francisco y dijo que esto implica en sí mismo un programa de gobierno para que la Iglesia “vuelva a ser servidora y pobre, que tenga una apertura al mundo musulmán y que adquiera una perspectiva ecológica” que estuvo presente en el santo de Asís. Y se declaró feliz “porque la agenda de la Iglesia latinoamericana entre en la Iglesia mundial”.

3. Sin duda, Bergoglio es un exponente de la Iglesia latinoamericana y caribeña actual. Fue una de las figuras clave de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Aparecida (Brasil), en 2007. Allí fue reconocido por sus pares del continente y uno de los principales redactores del documento final. Hay quienes afirman que fue allí donde Bergoglio generó gran parte de su prestigio e inició realmente su camino al pontificado.

Con todo, es claro que esta Iglesia latinoamericana y caribeña actual está muy lejos de la Iglesia renovadora y posconciliar de Medellín (1968) y Puebla (1979), ocasiones en las que se sintió con fuerza la influencia de los teólogos de la liberación y en las que se ratificó con firmeza la “opción por los pobres”. Esta Iglesia latinoamericana y caribeña actual, que no abandona el reclamo por la justicia, que insiste en la paz y atención a los pobres y desvalidos, usa más la palabra reconciliación que la palabra liberación, y se encuentra más preocupada por recuperar el espacio que el catolicismo pierde en la sociedad y por preservar los valores católicos en la cultura, que por su cercanía y alianza con los movimientos sociales y populares. Ésa es la Iglesia que representa Bergoglio y la visión que llevará al pontificado. Aun así, vista la situación de la Iglesia universal, la perspectiva latinoamericana y caribeña introduciría un cambio significativo en la Iglesia mundial.

“¡Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!”, dijo Francisco al reunirse el 16 de marzo con los periodistas, sumando un gesto más en la línea de los que viene suscitando desde que asumió el pontificado. Y ratificó, para eliminar cualquier duda, que eligió su nombre por Francisco de Asís, “un hombre de paz, el hombre de la pobreza, que ama y mantiene lo creado”, en clara alusión a una perspectiva ecológica. En esa misma

audiencia Bergoglio se autoadjudicó el papel de “reformador”, pero lo completó con un rasgo que es parte de su discurso tradicional:

La Iglesia, aunque es una institución humana no tiene naturaleza política, sino que es esencialmente espiritual. Es el Pueblo de Dios, el santo Pueblo de Dios, que camina al encuentro con Jesucristo.

4. Todo parece indicar que Bergoglio cumplirá la tarea de ser un reformador, no un revolucionario, en la Iglesia. Esa reforma podría conducir a la puesta en práctica de muchas de las decisiones que se adoptaron en el concilio Vaticano II y que quedaron en el olvido. Para muchos esto no bastará, será claramente insuficiente dada la velocidad de los cambios. Para otros, si esto se concretara, podría ser una forma de sentar las bases para que se abrieran las puertas a la renovación, incluso para permitir que germinen otras ideas, otras miradas. Para otros, los más pesimistas, será la manera de cambiar algo, de manera superficial, para que todo permanezca como está.

En cualquier caso habrá que esperar los próximos pasos del nuevo papa y analizar cada nombramiento, cada gesto, cada decisión, además de sus discursos y declaraciones. Si es fiel al estilo que lo ha caracterizado en su ejercicio episcopal, Bergoglio no producirá hechos espectaculares, cambios abruptos. Tomará decisiones —tiene la mano firme— y las traducirá en normas, designaciones, lineamientos.

Una de las primeras tareas que parecen inevitables será la reforma de la curia vaticana, del gobierno central de la Iglesia. Allí encontrará, sin duda, fuertes resistencias. Bergoglio no era el candidato preferido por los curiales ni por los italianos. Ni Angelo Sodano (exsecretario de Estado de Juan Pablo II) ni Tarcisio Bertone (exsecretario de Estado de Benedicto XVI) tenían a Bergoglio como candidato. Querían un italiano (¿Scola?) que le diese continuidad a la forma de manejo de la curia y no insistiese en investigar los casos de corrupción y mal manejo. Todo indica, por el contrario, que una de las razones por las que se escogió a Bergoglio es por su fama de hombre escrupuloso, buen administrador y apegado a las normas, para que investigue y tome decisiones. Con esas cualidades, la reforma de la conducción de la Iglesia parece una de las primeras tareas. Tan importante como inevitable.

Si lo intenta tendrá que dar muchas batallas internas y vencer resistencias importantes. Una clave será entonces los nombramientos que realice, en particular el del nuevo secretario de Estado.

No obstante, la reforma de la Iglesia pasa asimismo por una forma más colegiada de gobierno, compartida por el Papa con los obispos y cardenales. Algunos mensajes en ese sentido ya mandó Francisco, y una decisión en esa línea estaría en consonancia con la idea de retomar el concilio Vaticano II. Esto implicaría más consulta, más participación en las

decisiones por parte de los episcopados nacionales. Desde su condición de arzobispo de Buenos Aires y de presidente de la Conferencia Episcopal de Argentina, Bergoglio discutió con Roma para defender su autonomía. Ganó y perdió. Nunca se desató. Pero también ha sido inflexible en mantener el poder y su propia autoridad. Tomó decisiones e impuso sus puntos de vista. Nunca permitió indisciplinas. Es difícil saber qué hará desde el pontificado.

5. Se abren muchas posibilidades y son numerosos los aspectos a tener en cuenta. Otros rescatan que en su actuación en Argentina el cardenal Bergoglio fue un gran impulsor del diálogo interreligioso, una carencia notable y un retroceso grave en los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ésta podría ser también una característica de la acción de Bergoglio como papa.

El Vaticano no es una potencia mundial, sin embargo es una referencia política importante en el diálogo con las potencias. En distintas situaciones ha quedado demostrado que su poder de interlocución y de *lobby* es significativo. Bajo la gestión de Bergoglio como un papa que predica la justicia internacional y la defensa de los pobres, ¿tendrá el Vaticano una presencia más protagónica en los organismos internacionales para reclamar mayor justicia? Uno de los calificados voceros de la Iglesia en la materia es el cardenal hondureño Oscar Rodríguez Maradiaga. Un llamado a este arzobispo para participar del gobierno central de la Iglesia podría estar dando un indicio en este sentido.

Igualmente se maneja la posibilidad de que Francisco convoque a un concilio, una gran asamblea de los obispos del mundo para estudiar los problemas, buscar alternativas. Podría ser también una forma de vencer las resistencias al cambio. Aunque, claro está, este hecho podría además limitar el poder del Papa. ¿Recurrirá Bergoglio a esta instancia aun a riesgo de autolimitarse? Si uno atendiera a su historia reciente, la respuesta debería ser que no.

Lo que sí resulta claro es que Francisco está decidido a ‘humanizar’ la figura del papa, a entablar otro tipo de relaciones con la gente, con el pueblo, hablando un lenguaje comprensible para todo el mundo, acercarse a los problemas y las inquietudes de los fieles. Para hacerlo, Bergoglio tiene la ‘escuela de la calle’ porteña, su caminar por los barrios, escuchando y dialogando. Seguramente esto no basta, incluso puede resultar no más que un maquillaje, sin embargo hará a la Iglesia y al Papa más ‘amigables’ para la gente. Para lo demás, respecto de lo aquí planteado y de otros muchos temas que han quedado por fuera, habrá que aguardar a que los hechos desplacen y den por tierra con las especulaciones.

II. La “silenciosa oposición” al papa Bergoglio

La Curia y los movimientos conservadores temen que Francisco “entierre” la involución posconciliar*

Jesús Bastante

1. Apenas lleva una semana como papa, y parece que la historia hubiera pegado un vuelco. ¿Es Francisco el pontífice que necesitaba la Iglesia? Más aún, ¿es el que necesita la sociedad globalizada del siglo XXI? En un mundo cada vez más pequeño, donde cualquier noticia llega de inmediato al lugar más recóndito del globo, los primeros gestos y decisiones de Bergoglio han generado una *ola de optimismo y apoyo* sin precedentes en los últimos pontífices. Y, paralelamente, si bien en silencio, o bajo el amparo del anonimato, comienzan a surgir las *críticas a la “humildad”* del nuevo papa, a quien acusan de querer “enterrar” la *involución posconciliar* auspiciada por los dos anteriores pontífices.

El llamado de Francisco a una mayor austeridad, su sueño de que ésta sea una “Iglesia de los pobres y para los pobres”, la ausencia de oropeles en su vestimenta y gestos como el de pedir la bendición del pueblo o quedarse a la puerta de la parroquia de Santa Ana para despedir a sus fieles son gestos, sin duda, revolucionarios. Y también indicativos de que *ciertas cosas están cambiando*. Para disgusto de algunos. ¿De quiénes?

En primer lugar, de la Curia. Jorge Mario Bergoglio no es el papa que hubieran elegido desde la estructura. Scola o Scherer eran los hombres destinados a una “reforma tranquila”, que no tocara lo esencial y mantuviera el misterio en torno a la figura papal y al papel de los organismos vaticanos. Dar carpetazo al ‘Vatileaks’ y aceptar pequeños cambios pero sin tocar lo esencial: el poder en manos de unos pocos. Sin embargo, Francisco ha sido claro. “El verdadero poder está en el servicio”, afirmó, en la línea de las últimas palabras de Benedicto XVI, que quiso, en sus últimos días, denunciar los tejemanejes de una estructura que no puso o no supo hacer entrar en vereda.

* Religión Digital (España), 22.03.2013.

En segundo término, los nuevos movimientos. Se vio en la misa de inicio de pontificado de Bergoglio, por otro lado muy numerosa. Allí habían todos en la Iglesia. No sólo los ‘kikos’ (neocatecúmenos), Comunión y Liberación, Legionarios de Cristo y demás, cuyas pancartas, por cierto, prácticamente desaparecieron de la otrora conquistada plaza de San Pedro. Los “apóstoles de la nueva evangelización”, a quienes Juan Pablo II había conferido en exclusiva la capacidad de considerarse Iglesia, han de reubicarse y buscar su sitio en una institución en la que parece que, por fin, pueden caber todos. Las congregaciones religiosas, auténticas vapuleadas durante los últimos treinta años, vuelven a respirar, y se sienten con la libertad y confianza para continuar llevando a cabo su labor, en algunos casos milenaria. También los fieles “de a pie”, que consideran al nuevo papa mucho más cercano, en sus gestos y actitudes, que los pontífices anteriores.

En tercer lugar, los apologetas. Muchos representantes de la “caverna” eclesial, mediática, social y política, se encuentran ante la tesitura de la obediencia ciega a la figura papal, y la sensación de que el nuevo pontífice puede “traicionar” unos principios irrenunciables. Si ya fueron muchos los que, más o menos abiertamente, criticaron la renuncia de Benedicto XVI por “haberse bajado de la cruz”, temen que la apertura que sugiere Bergoglio “acabe por romper la Iglesia”. Y es que los últimos cismas en la Iglesia Católica casi siempre se han dado del lado de los ortodoxos, en momentos de papados reformistas. Los “progresistas”, simplemente, se convierten en indiferentes, no hacia el hecho religioso ni hacia la fe, sino al funcionamiento de las estructuras.

En cuarto lugar, muchos obispos, sobre todo en los países de la “vieja Europa”, especialmente España, a los que el nombramiento les ha pillado “con el paso cambiado” y que, de momento, han optado por esperar para ver si Francisco frena en los pasos que está dando, o pasa el tiempo y la Curia consigue “atar” algunos de sus movimientos. En todo caso, esta estructura está dispuesta a “morir matando”.

2. El prestigioso vaticanista Marco Politi (*Il Fatto Quotidiano*), también ha alertado que las resistencias internas al “papa de los pobres” que provienen de parte de *sectores tradicionalistas y conservadores de la curia romana* ya comenzaron.

Para Politi, es justamente la determinación mostrada por Francisco la que ha provocado estas reacciones subterráneas internas a la estructura eclesiástica. Escribió:

Exigir una Iglesia pobre a eclesiásticos irreprochables significa poner en contradicción estilos de vida y comportamientos que involucran a miles de jerarcas grandes y pequeños.

Esta exigencia supone además, en palabras del vaticanista,

...poner en duda palacios, autos, servidumbre, consumismo, afán de éxito, que proliferan en el mundo eclesiástico como en cualquier organismo social, conviviendo junto con existencias totalmente desinteresadas, comprometidas con la misión.

De acuerdo con Politi, poner la pobreza en el primer lugar de la agenda

...no sólo equivale a vivir en dos habitaciones como hacía el Bergoglio arzobispo de Buenos Aires, sino que comporta también la imposibilidad de la jerarquía eclesiástica a negarse a la transparencia.

Además, podría significar hacer público el propio patrimonio inmobiliario, estimado por el diario económico *Il Sole 24 Ore* en mil millones de euros nada más en Italia; publicar, como hacen en Alemania, los balances de las diócesis italianas, normalmente contrarias a eso; reformar de manera drástica el IOR (Instituto para las Obras de Religión, el banco vaticano), últimamente acusado de haber lavado dinero en operaciones poco transparentes. El IOR podría ser abolido y reemplazado por un banco ético, en regla con las normas internacionales.

3. La resistencia al primer papa que se llama Francisco empieza a notarse igualmente entre algunas de las plumas de renombre de Italia. Así, Giuliano Ferrara, director del diario *Il Foglio*, considerado un “ateo devoto”, de joven comunista y ahora liberal de derecha, le escribió una carta abierta a Francisco, titulada “Padre, tengo miedo de la ternura”, jugando con la homilía que pronunció en la misa de asunción de pontificado, en la que llamó a no tener miedo de la ternura y la bondad.

Estoy entre aquellos pocos que le tienen miedo a la ternura y entre esos poquísimos que consideran parte de la misericordia divina también el juicio y el ejercicio de la autoridad.

Escribió Ferrara, paladín de la lucha contra el aborto, que en Italia es legal dentro de los noventa días de embarazo.

Para mí sería instintivo decirle que decir “buen almuerzo” no es una teología y que el perdón, la paciencia, la amistad de Dios por el hombre son parte de un proyecto de la creación... iluminado por ingobernables libertades que hay que disciplinar severamente.

Ferrara, quien recuerda que Bergoglio afirmó una vez que “abortar es matar a quien no puede defenderse”, reclamó escuchar de su boca esas mismas palabras, en una actitud de “linealidad, claridad y verdad”.

“Esperemos que le dejen trabajar, y que no acabe como el pobre Juan Pablo I”, es el deseo que se escucha en muchos ámbitos eclesiales, tanto en

Roma como en Madrid. Unas palabras que denotan cierta intranquilidad ante las reservas que el “tsunami Bergoglio” ha suscitado en los sectores más ultraconservadores. El tiempo dará o quitará razones.

III. ¿Es el papa Francisco una paradoja? ¹

Hans Küng ²

1. ¿Quién lo iba a pensar? Cuando tomé la pronta decisión de renunciar a mis cargos honoríficos en mi 85º cumpleaños, supuse que el sueño que llevaba albergando durante décadas de volver a presenciar un cambio profundo en nuestra Iglesia como con Juan XXIII, nunca llegaría a cumplirse en lo que me quedaba de vida.

Y, mira por dónde, he visto cómo mi antiguo compañero teológico Joseph Ratzinger —ambos tenemos ahora 85 años— dimitía de pronto de su cargo papal, y precisamente el 19 de marzo de 2013, el día de su santo y mi cumpleaños, pasó a ocupar su puesto un nuevo Papa con el sorprendente nombre de Francisco.

¿Habrá reflexionado Jorge Mario Bergoglio acerca de por qué ningún papa se había atrevido hasta ahora a elegir el nombre de Francisco? En cualquier caso, el argentino era consciente de que con el nombre de Francisco se estaba vinculando con Francisco de Asís, el universalmente conocido disidente del siglo XIII, el otrora vivaracho y mundano vástago de un rico comerciante textil de Asís que, a la edad de 24 años, renunció a su familia, a la riqueza y a su carrera e incluso devolvió a su padre sus lujosos ropajes.

Resulta sorprendente que el papa Francisco haya optado por un nuevo estilo desde el momento en el que asumió el cargo: a diferencia de su predecesor, no quiso ni la mitra con oro y piedras preciosas, ni la muceta púrpura orlada con armiño, ni los zapatos y el sombrero rojos a medida ni el pomposo trono con la tiara. Igual de sorprendente resulta que

¹ *El País* (España), 10.05.2013.

² Catedrático emérito de Teología Ecuménica en la Universidad de Tübinga (Alemania) y presidente de Global Ethic.

el nuevo Papa rehúya conscientemente los gestos patéticos y la retórica pretenciosa y que hable en la lengua del pueblo, tal y como pueden practicar su profesión los predicadores laicos, prohibidos por los papas tanto por aquel entonces como en la actualidad. Y, por último, resulta sorprendente que el nuevo Papa haga hincapié en su humanidad: solicita el ruego del pueblo antes de que él mismo lo bendiga; paga la cuenta de su hotel como cualquier persona; confraterniza con los cardenales en el autobús, en la residencia común, en su despedida oficial; y lava los pies a jóvenes reclusos (también a mujeres, e incluso a una musulmana). Es un Papa que demuestra que, como ser humano, tiene los pies en la tierra.

El pontífice no quiso ni la mitra con oro, ni los zapatos, ni el pomposo trono con la tiara. Todo eso habría alegrado a Francisco de Asís y es lo contrario de lo que representaba en su época el papa Inocencio III (1198-1216). En 1209, Francisco fue a visitar al papa a Roma junto con once hermanos menores (*fratres minores*) para presentarle sus escuetas normas compuestas únicamente de citas de la Biblia y recibir la aprobación papal de su modo de vida “de acuerdo con el sagrado Evangelio”, basado en la pobreza real y la predicación laica.

Inocencio III, conde de Segni, nombrado papa a la edad de 37 años, era un soberano nato: teólogo educado en París, sagaz jurista, diestro orador, inteligente administrador y refinado diplomático. Nunca antes ni después tuvo un papa tanto poder como él. La revolución desde arriba (Reforma gregoriana) iniciada por Gregorio VII en el siglo XI alcanzó su objetivo con él. En lugar del título de “vicario de Pedro”, él prefería para cada obispo o sacerdote el título utilizado hasta el siglo XII de “vicario de Cristo” (Inocencio IV lo convirtió inclusive en “vicario de Dios”). A diferencia del siglo I y sin lograr nunca el reconocimiento de la Iglesia apostólica oriental, el papa se comportó desde ese momento como un monarca, legislador y juez absoluto de la cristiandad... hasta ahora.

Pero el triunfal pontificado de Inocencio III no solo terminó siendo una culminación, sino también un punto de inflexión. Ya en su época se manifestaron los primeros síntomas de decadencia que, en parte, han llegado hasta nuestros días como las señas de identidad del sistema de la curia romana: el nepotismo, la avidez extrema, la corrupción y los negocios financieros dudosos. Con todo, ya en los años setenta y ochenta del siglo XII surgieron poderosos movimientos inconformistas de penitencia y pobreza (los cátaros o los valdenses). Sin embargo, los papas y obispos cargaron libremente contra estas amenazadoras corrientes prohibiendo la predicación laica y condenando a los “herejes” mediante la Inquisición y hasta con cruzadas contra ellos.

No obstante, fue precisamente Inocencio III el que, a pesar de toda su política centrada en exterminar a los obstinados “herejes” (los cátaros), trató de integrar en la Iglesia a los movimientos evangélico-apostólicos de pobreza. Aun Inocencio era consciente de la urgente necesidad de reformar la Iglesia, para lo cual terminó convocando el fastuoso IV concilio

de Letrán. De esta forma, tras muchas exhortaciones, acabó concediéndole a Francisco de Asís la autorización de realizar sermones penitenciales. Por encima del ideal de la absoluta pobreza que se solía exigir, podía por fin explorar la voluntad de Dios en la oración. A causa de una aparición en la que un religioso bajito y modesto evitaba el derrumbamiento de la Basílica Papal de San Juan de Letrán —o eso es lo que cuentan—, el Papa decidió finalmente aprobar la norma de Francisco de Asís. La promulgó ante los cardenales en el consistorio, aunque no permitió que se pusiera por escrito.

Francisco de Asís representaba, y representa de facto, la alternativa al sistema romano. ¿Qué habría pasado si Inocencio y los suyos hubieran vuelto a ser fieles al Evangelio? Entendidas desde un punto de vista espiritual, si bien no literal, sus exigencias evangélicas implicaban —e implican— un cuestionamiento enorme del sistema romano, esa estructura de poder centralizada, juridificada, politizada y clericalizada que se había apoderado de Cristo en Roma desde el siglo XI.

Con Inocencio III se manifestaron los primeros síntomas de nepotismo y corrupción del Vaticano. Puede que él haya sido el único papa que, a causa de las extraordinarias cualidades y poderes que tenía la Iglesia, podría haber determinado otro camino totalmente distinto; eso habría podido ahorrarle el cisma y el exilio al papado de los siglos XIV y XV y la Reforma Protestante a la Iglesia del siglo XVI. No cabe duda de que, ya en el siglo XII, eso habría tenido como consecuencia un cambio de paradigma dentro de la Iglesia Católica que no la habría escindido, sino que más bien la habría renovado y, al mismo tiempo, habría reconciliado a las iglesias occidental y oriental.

De esta manera, las preocupaciones centrales de Francisco de Asís, propias del cristianismo primitivo, han seguido siendo hasta hoy cuestiones planteadas a la Iglesia Católica y, ahora, a un papa que, en el aspecto programático, se denomina Francisco: *paupertas* (pobreza), *humilitas* (humildad) y *simplicitas* (sencillez).

Puede que eso explique por qué hasta ahora ningún papa se había atrevido a adoptar el nombre de Francisco: porque las pretensiones parecen demasiado elevadas.

2. Pero eso nos lleva a la segunda pregunta: ¿qué significa hoy para un papa que haya aceptado valientemente el nombre de Francisco? Es evidente que tampoco se debe idealizar la figura de Francisco de Asís, quien también tenía sus prejuicios, exaltaciones y flaquezas. No es ninguna norma absoluta. Aun así sus preocupaciones, propias del cristianismo primitivo, se deben tomar en serio, aunque no se puedan poner en práctica de manera literal, sino que deberían ser adaptadas por el Papa y la Iglesia a la época actual.

Las enseñanzas de Francisco de Asís de altruismo y fraternidad deberían ser actualizadas:

a) *¿Paupertas*, pobreza? En el espíritu de Inocencio III, la Iglesia es una Iglesia de la riqueza, del advenedizo y de la pompa, de la avidez extrema y de los escándalos financieros. En cambio, en el espíritu de Francisco, la Iglesia es una Iglesia de la política financiera transparente y de la vida sencilla, una Iglesia que se preocupa sobre todo por los pobres, débiles y desfavorecidos, que no acumula riquezas ni capital, sino que lucha activamente contra la pobreza y ofrece condiciones laborales ejemplares para sus trabajadores.

b) *¿Humilitas*, humildad? En el espíritu de Inocencio, la Iglesia es una Iglesia del dominio, de la burocracia y la discriminación, de la represión y la Inquisición. En cambio, en el espíritu de Francisco, la Iglesia es una Iglesia del altruismo, del diálogo, de la fraternidad, de la hospitalidad inclusive para los inconformistas, del servicio nada pretencioso de los superiores y de la comunidad social solidaria que no excluye de la Iglesia nuevas fuerzas e ideas religiosas, sino que les otorga un carácter fructífero.

c) *¿Simplicitas*, sencillez? En el espíritu de Inocencio, la Iglesia es una Iglesia de la inmutabilidad dogmática, de la censura moral y del régimen jurídico, una Iglesia del miedo, del derecho canónico que todo lo regula y de la escolástica que todo lo sabe. En cambio, en el espíritu de Francisco, la Iglesia es una Iglesia del mensaje alegre y el regocijo, de una teología basada en el mero Evangelio, que escucha a las personas en lugar de adoctrinarlas desde arriba, que además de enseñar, está constantemente aprendiendo.

De este modo se pueden formular asimismo hoy, en vista de las preocupaciones y apreciaciones de Francisco de Asís, las opciones generales de una Iglesia Católica cuya fachada brilla a base de magnificentes manifestaciones romanas, pero cuya estructura interna en el día a día de las comunidades en muchos países se revela podrida y quebradiza, por lo que multitud de personas se han despedido de ella tanto interna como externamente.

Es poco probable que los soberanos vaticanos permitan que se les quite el poder acumulado. No obstante, ningún ser racional esperará que una única persona lleve a cabo todas las reformas de la noche a la mañana. Aun así, en cinco años sería posible un cambio de paradigma: eso lo demostró en el siglo XI el papa León IX de Lorena (1049-1054), quien allanó el terreno para la reforma de Gregorio VII. Y de igual forma quedó demostrado en el siglo XX por el italiano Juan XXIII (1958-1963), quien convocó el concilio Vaticano II. Hoy debería volver a estar clara la senda que se ha de tomar: no una involución restaurativa hacia épocas preconciliares como en el caso de los papas polaco y alemán, sino pasos reformistas bien pensados, planificados y correctamente transmitidos en consonancia con el concilio Vaticano II.

3. Hay una tercera pregunta que se planteaba por aquel entonces al igual que ahora: ¿no se topará una reforma de la Iglesia con una resistencia considerable? No cabe duda de que, de este modo, se provocarían unas potentes fuerzas de reacción, principalmente en la fábrica de poder de la curia romana, a las que habría que plantar cara. Es poco probable que los soberanos vaticanos permitan de buen grado que se les arrebate el poder que han acumulado desde la Edad Media.

El poder de la presión de la curia es algo que también experimentó Francisco de Asís. Él, que pretendía desprenderse de todo a través de la pobreza, buscó cada vez más el amparo de la “santa madre Iglesia”. Él no quería vivir enfrentado a la jerarquía, sino de conformidad con Jesús obedeciendo al papa y a la curia: en pobreza real y con predicación laica. De hecho, dejó que los subieran de rango a él y a sus acólitos por medio de la tonsura dentro del estatus de los clérigos. Eso facilitaba la actividad de predicar, pero fomentaba la clericalización de la joven comunidad, que cada vez englobaba a más sacerdotes. Por eso no resulta sorprendente que la comunidad franciscana se fuera integrando más y más dentro del sistema romano. Los últimos años de Francisco quedaron ensombrecidos por la tensión entre el ideal original de imitar a Jesucristo y la acomodación de su comunidad al tipo de vida monacal seguido hasta la fecha.

En honor a Francisco, cabe mencionar que falleció el 3 de octubre de 1226 tan pobre como vivió, con tan solo 44 años. Diez años antes, un año después del IV concilio de Letrán, había fallecido de forma absolutamente inesperada Inocencio III a la edad de 56 años. El 16 de junio de 1216 se encontraron en la catedral de Perugia el cadáver de la persona cuyo poder, patrimonio y riqueza en el trono sagrado nadie había sabido incrementar como él, abandonado por todo el mundo y totalmente desnudo, saqueado por sus propios criados. Un final para la transformación del dominio en desfallecimiento papal: al principio del siglo XIII, el glorioso mandatario Inocencio III; a finales de siglo, el megalómano Bonifacio VIII (1294-1303), quien fue apresado de manera deplorable; seguido de los cerca de setenta años que duró el exilio de Aviñón y el cisma de Occidente con dos y, por último, tres papas.

Menos de dos décadas después de la muerte de Francisco, el movimiento franciscano que con tanta rapidez se había extendido pareció quedar prácticamente domesticado por la Iglesia Católica, de modo que empezó a servir a la política papal como una orden más y hasta se dejó involucrar en la Inquisición.

Al igual que fue posible domesticar finalmente a Francisco de Asís y a sus acólitos dentro del sistema romano, está claro que no se puede excluir que el papa Francisco termine quedando atrapado en el sistema romano que debería reformar. ¿Es el papa Francisco una paradoja? ¿Se podrán reconciliar alguna vez la figura del papa y la de Francisco, que son claros antónimos? Solo será posible con un papa que apueste por las reformas

en el sentido evangélico. No deberíamos renunciar demasiado pronto a nuestra esperanza en un pastor *angelicus* como él.

4. Por último, una cuarta pregunta: ¿qué se puede hacer si nos arrebatan desde arriba la esperanza en la reforma? Sea como sea, ya se ha acabado la época en la que el papa y los obispos podían contar con la obediencia incondicional de los fieles. Así, a través de la Reforma gregoriana del siglo XI se introdujo una determinada mística de la obediencia en la Iglesia Católica: obedecer a Dios implica obedecer a la Iglesia y eso, a su vez, implica obedecer al papa, y viceversa. Desde esa época, la obediencia de todos los cristianos al papa se impuso como una virtud clave; obligar a seguir órdenes y a obedecer (con los métodos que fueran necesarios) era el estilo romano. Sin embargo, la ecuación medieval de “obediencia a Dios = obediencia a la Iglesia = obediencia al papa” encierra en sí misma una contradicción con las palabras de los apóstoles ante el Gran Sanedrín de Jerusalén: “Hay que obedecer a Dios más que a las personas”.

Por tanto, no hay que caer en la resignación, sino que, a falta de impulsos reformistas “desde arriba”, desde la jerarquía, se han de acometer con decisión reformas “desde abajo”, desde el pueblo. Si el papa Francisco adopta el enfoque de las reformas, contará con el amplio apoyo del pueblo más allá de la Iglesia Católica. Pero si al final optase por continuar como hasta ahora y no solucionar la necesidad de reformas, el grito de “¡indignaos! *indignez-vous!*” resonará siempre más aun dentro de la Iglesia Católica y provocará reformas desde abajo que se materializarán inclusive sin la aprobación de la jerarquía y, en muchas ocasiones, a pesar de sus intentos de dar al traste con ellas. En el peor de los casos —y esto es algo que escribí antes de que saliera elegido el actual Papa—, la Iglesia Católica vivirá una nueva era glacial en lugar de una primavera y correrá el riesgo de quedarse reducida a una secta grande de poca monta.

¿Brotará socialismo del chavismo? ¹

Claudio Katz ²

Desde hace varios años Venezuela es el principal laboratorio latinoamericano y caribeño de transformaciones políticas y sociales. En toda la región se observa con gran expectativa que sucederá con el chavismo sin Chávez. Es indudable que el país ingresará en etapas muy diferentes si el proceso se radicaliza o estanca.

1. Variedad de conspiraciones

La derecha intentó desconocer un acto comicial realizado con el “mejor sistema electoral del mundo”. Esta calificación pertenece al expresidente estadounidense Jimmy Carter, quien ponderó las virtudes del voto electrónico, la fiscalización internacional, el poder electoral independiente y las auditorías incorporadas. Esta transparencia fue confirmada en la reciente elección por comités de expertos y observadores de organismos mundiales. Henrique Capriles no aportó ninguna prueba de fraude, exigió verificaciones que ya fueron realizadas y propuso formas de conteos que recrearían las anomalías del viejo sistema manual.

La reducida diferencia a favor de Nicolás Maduro (50,75% frente a 48,98%) no es tan inusual. Se registró en otras elecciones venezolanas (1968, 1978) y en varias estadounidenses (John Kennedy triunfó sobre Richard Nixon por 49,7% a 49,6 % en 1960). Numerosos comicios recientes (por ejemplos italianos) se han definido por algunos miles de votos.

Lo que no perpetró Maduro fue el fraude realizado por George Bush en el 2000, para apropiarse de la victoria de su rival Gore (48,4% frente

¹Argenpress.info, 23.04.2013.

²Claudio Katz es miembro del EDI (Economistas de Izquierda).